

LOS AMANTES DEL FIN DEL MUNDO

El movimiento cristiano sionista

Francisco José Fernández-Cruz Sequera

Prólogo de Roberto de la Madrid

VOL. 1

COLECCIÓN KHRONOS

EAS
editorial

Título: *Los amantes del fin del mundo*
Subtítulo: *El movimiento cristiano sionista*
Autor: Francisco José Fernández-Cruz Sequera
Prólogo: Roberto de la Madrid
Correcciones: Editorial C&M
Maquetación: Manuel Quesada
Diseño: SNS Designs

© Francisco José Fernández-Cruz Sequera
© De la presente edición, Manuel Quesada Campos, por la editorial Eas

1ª Edición, Editorial Eas, 20 de junio de 2020

www.editorialeas.com
info@editorialeas.com

Apartado de Correos 26
Guardamar del Segura
03140 (Alicante)

I.S.B.N.: 978-84-120626-9-4

Impreso en Europa por los talleres gráficos Versus

Imagen de portada: *Apocalipsis Post. Único sobreviviente por los suelos y la máscara de gas sobre las ruinas de la ciudad destruida.* [Zabelin] © 123RF.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

*Para Rodrigo, Aldara y Hernán
Memento Audere Semper*

ÍNDICE

Prólogo, por Roberto de la Madrid	9
Introducción	13
Capítulo I	
– ¿Existe el pueblo judío? ¿Quién es judío? ¿Descienden los judíos de Europa oriental de los jázaros?	21
Capítulo II	
– ¿Dónde está sistematizada y se contiene la ideología judía? ¿Cuál es la « <i>Tierra prometida</i> »?	35
Capítulo III	
– Evolución histórica de los judíos	45
Capítulo IV	
– ¿Qué es el Judaísmo? ¿Cómo se formó?	51
Capítulo V	
– ¿Qué es el sionismo?	145
Capítulo VI	
– La adhesión al judaísmo y al sionismo del movimiento protestante británico: la confusión de intereses	161
Capítulo VII	
– La ideología calvinista y su influencia en la formación de la mentalidad de los EE.UU.	173

PRÓLOGO

Somos hijos del maíz en América, parte de mi origen, eso me hizo descubrir la explicación ontológica que esconde esta obra de principio a fin, para abordar uno de los problemas más graves de la humanidad: el sionismo. Somos hijos del trigo, cuando la especie humana se sitúa en el Oriente Próximo y alrededores. Y es la supervivencia la que construye un armamento psíquico para darle razón de ser a lo perdidos que estamos —como seres vivos— cuando descubrimos el mundo y queremos entenderlo para existir y sobrevivir. Aunque suene kantiano, la explicación aun sorprendente de algunos intelectuales contemporáneos seguidores de la mecánica cuántica establece que el mundo «es» de acuerdo con la información que tenemos de él, y es nuestro acto de conocerlo el que no solo le da razón de ser, sino su existencia propia, porque no hay otra forma de conocerlo más que desde nosotros mismos. Con esta hipótesis teórica *grosso modo* y a saber, podemos recuperar la historia para comprender que el hombre es tan fascinante, que en su intento por conseguir y controlar lo más básico, el alimento, y en aquellas llanuras y estepas, el trigo, va creando relatos, va proyectando sus inquietudes, miedos y deseos repetitivamente (costumbres, tradiciones) para primero, comunicarse (lenguaje y reglas), y después crear una cosmología (cultura, religiosidad) que le indique el camino, que explique ese-su-universo de esa-su-época, y más sorprendente aún, que justifique sus victorias, atrocidades y errores. Esta obra, *Los amantes del fin del mundo* dirige su mirada hacia un problema específico que ha anudado la historia política, geográfica y militar del mundo. Con una profunda investigación de dato histórico duro, y luego con un trabajo hartamente intelectual, la obra descubre el discurso impostor que promueve el Estado-Nación del movimiento sionista judío, ya que desde su base histórica, cronológica y sobre todo causal, no se

encuentra pureza alguna, «raza» única alguna o creencia única, genuina y original alguna, pues describe claramente que el pueblo judío no es otra cosa que una mezcla viviente de religiosidad, tradiciones y misticismos que en muchos niveles no tiene nada que ver con sus creencias primas. Y digo viviente porque va cambiando, adaptándose y adoptando características por conveniencia más que por fe absoluta. El autor, entre el arte de la narrativa y el coraje de la denuncia crítica, exhibe por ejemplo, cómo en tiempos remotos los propios judíos exiliados exterminaron a los judíos autóctonos del área de Jerusalén, porque no coincidían con las experiencias políticas, sociales y religiosas que aprendieron por ejemplo de los persas o del Zoroastrismo; con este simple ejemplo, ¿dónde está el pueblo judío?, o más aún, ¿dónde está la originalidad y pureza con la que el mismo pueblo judío se jacta y se define, para utilizarla después en el fundamento sionista? Esto para empezar, para continuar, la obra nos ofrece un terreno rico de información y reflexión de cómo los constructores del hoy Israel, no tienen idea de cómo se llegó ahí. Solo pensar que el padre del proyecto ni era religioso ni era su idea, pues cientos de años le antecedían de inquietudes reflejadas en una ambición política de dominio disfrazada de religiosidad y viceversa. No son los judíos, sino los cristianos que adoptan al sionismo para acercarnos a la redención y en este descubrimiento; la obra también nos abre la puerta a sospechar si cierta mano judía, en las sombras, movió también los cimientos reformistas en Lutero, para aventarlo al regreso de Jesús. Sospecha o no, no importa porque incluso muchos judíos sionistas se opusieron al proyecto de tener un país en Palestina, y otros ni siquiera eran religiosos, hasta ateos. Pero si no era entonces en algunos sionistas la persecución profética o mística, ¿qué era? Y esto, es para mí, la cúspide de la obra, que es la descripción de la herramienta que se ha usado a lo largo de varios siglos para la instauración del Tercer Templo donde se piense —en tal o cual momento— que deba edificarse: el odio. El odio por el otro que es diferente y que no merece mi oráculo ni la energía que traigo en mi sangre única: racismo. Todo esto enmas-

carado por el discurso religioso sobre el Fin del Mundo. En la medida que amo mi esencia, amo la venida mesiánica, que además sirve de justificación de mis acciones, por eso, sionista judío, religioso o no, y aún peor, cristiano sionista o migrante a América en busca de la nueva Jerusalén, se dan todos la mano en una sola cosa, «*somos los elegidos*», unos para ayudar a que venga el fin del mundo, y los otros, en la conservación de las familias del poder, no importa si son ateos. «*La idea de la superioridad sobre los enemigos como resultado de encarnar la voluntad divina resulta de una elección de Dios*». *Los amantes del fin del mundo* así, se convertirá en una obra fundamental para entender las atrocidades que, en nombre de este fin, hacen las potencias mundiales permeadas o impulsadas por el sionismo, Estados Unidos como antonomasia. Y es aquí donde paso al plano personal para compartir mi experiencia con el autor.

Coincidimos en el tiempo gracias a que justamente estamos en la misma lucha: denunciar la estafa, la miseria de los poderosos y los discursos escondidos y disfrazados que guían el mundo hacia las manos del contubernio elitista. Así, un buen día, Francisco José Fernández-Cruz Sequera apareció en la pantalla de *Detrás de la razón*, el programa que dirige y produce un servidor. Agradezco a la energía de la vida y al trabajo de mis coordinadores quienes encontraron y propusieron a un gran analista, que resultó ser mi hermano Francisco. No sabía que tenía un hermano de semejantes apellidos y aptitudes. Y así fue nuestro descubrimiento mutuo, que por cierto al principio se resistía a que nos habláramos de tú, yo le tuteaba y él me lo regresaba hablándome de usted. Hasta que un día le dije:

—Aquí en el programa nos hablamos de tú porque somos todos iguales.

Pensé que me iba a enviar al diablo pero no, fue todo lo contrario, descubrí en él un mundo de amistad hermosa, lo que lo hace un gran ser humano, pero además, una ventana al valor de la lucha contra la injusticia, un asidero para argumentar con claridad la defensa —al fin abogado— y una fuente de información y re-

flexión para ir más allá, que sirve de fundamento para explicar y alertar de las cosas extrañas que padece el mundo, desde el Coronavirus hasta las corporaciones mundiales, desde el fenómeno de la migración hasta el telepredicador evangélico, quien —por ejemplo— curiosamente está unido a la intención, a veces disfrazada a veces escondida, de fundar el Estado sionista que explica precisamente esta misma obra (en una aparente contradicción para el no erudito que es que los cristianos no perseguían jamás los ideales judíos-sionistas, pues a muchos desde niños se nos enseñó que fueron los judíos los enemigos de Jesús) a través del amor —consciente o inconsciente, pero motivado— al fin del mundo. Es así como descubro al autor, leyéndolo y escuchándolo como analista de *Detrás de la razón*, que, si esto lo traducimos a batallas, hemos ganado muchas, junto a una red necesaria para el mundo de la información. Por ello, agradezco también el acercamiento a Francisco porque fue parte del encuentro y unión de cuatro mosqueteros, guerreros del periodismo y la investigación: su tocayo Francisco Javier Martínez, Eurico Campano, Francisco y un servidor. Reuniones de pisa y corre de Oriente Medio a Madrid que han desembocado en este prólogo y en muchas otras aventuras por venir, porque después de *Los amantes del fin del mundo*, sin duda vendrán *Los que odian el fin del mundo*, y cuando se acabe el fin del mundo, entonces vendrá la tecnología 5G y la inteligencia artificial que superará el control humano; y con lo cual comprobaremos que siempre, siempre, a través de los tiempos, un Apocalipsis ha estado frente al horizonte de la especie humana, como condición social, como intuición, como sentimiento, como artífice psíquico, como medio de manipulación, como hipótesis, como acto de fe, como conveniencia de unos, como herramienta de otros, como duda, como base óptica para sobrevivir, como bálsamo de nuestra angustia, como sea —y esto es lo más hermoso y misterioso—, ahí siempre ha estado, está, y quizá —mientras el ser humano no desarrolle una capacidad mayor para entender el Universo—, siempre estará.

ROBERTO DE LA MADRID